

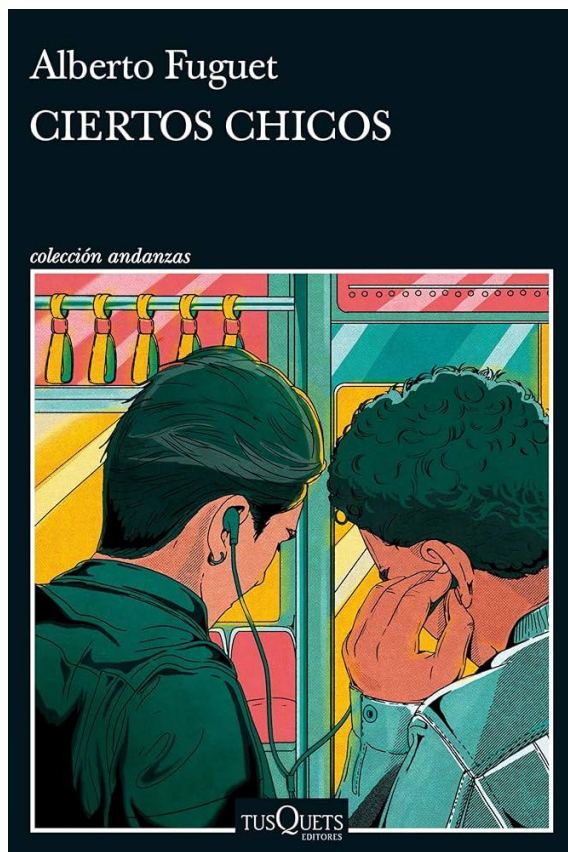
ALBERTO FUGUET

Ciertos chicos

Barcelona: Tusquets, 2024.

CÉSAR CARRASCO GARCÍA

UNIVERSIDAD DE MURCIA (ESPAÑA)



Chico conoce a chico y protagonizan una historia de amor gay en tiempos de la dictadura pinochetista. Este es el planteamiento de la última novela del chileno Alberto Fuguet, *Ciertos chicos* (Tusquets, 2024), pero lo que puede parecer, si se atiende únicamente a un análisis superficial, una novela romántica y queer, de tintes sentimentales y pasiones desatadas, entraña una profundidad política de dimensiones incalculables. Aun así, aunque irremediabilmente subyazca, en la literatura chilena contemporánea “no todo es Pinochet” (Fuguet 2024: 141). Fuguet oscila sabiamente entre la memoria histórica de corte ideológico y la pretensión estética al querer indagar más allá de lo presupuesto. No se conforma con

los dictados hegemónicos.

“Ciudadanos, estamos en toque, tóquese lo que se quiera” (Fuguet, 2024: 156). Así anuncia una chica que ha empezado el toque de queda y, al mismo tiempo, está comenzando la diversión, la celebración por el combate, la lucha contra el apagón cultural. Es en tiempos convulsos y opresivos cuando florece lo *underground* y los movimientos transgresores. Esto pretende mostrar *Ciertos chicos*: cómo Tomás y Clemente, nuestra pareja romántica, despliegan su arte y su revolución estética. Tomás estudia Letras y quiere ser poeta. Clemente escribe y distribuye un fanzine, *ropa/americana*, donde reseña películas, libros y música. Ambos se conocen en la disquería Lado B y comparten el mismo mantra ideológico: “solo el pop nos puede salvar” (Fuguet, 2024: 24).

La novela, fiel portadora de esta filosofía, está cargada de referencias culturales y conversaciones trascendentales sobre el arte y su empleabilidad social. Escuchamos a los chilenos Los Prisioneros o Upa!, pero la globalización se acerca y Chile la abraza; también suenan las sintonías de Bowie, The Cure o New Order, realizando así Fuguet un ejercicio de mimesis sonora, una orquesta chueca que ahonda en los ambientes sórdidos y recónditos del Chile de los ochenta y que la emisora Eclipse y su locutor Neón se encargan de expandir: la música deviene hilo vertebrador del amor y la historia.

Ciertos chicos reproduce, explícita e implícitamente, debates y cuestiones teóricas: ¿debe el arte estar ligado a la política? ¿Va primero la revolución social ante cualquier movimiento estético? ¿Se debe rechazar o aceptar la invasión del Norte? ¿En tiempos antidemocráticos cabe la contemplación artística? ¿La pertenencia burguesa conlleva la alienación cultural? No hace falta acudir a ilustrados ni marxistas: Fuguet aprisiona las diversas perspectivas que desde los ochenta hasta hoy han imperado en su país y las expone sin otorgar un juicio moral. “Sin estética no hay ética” (Fuguet, 2024: 75), reza el fanzine de Clemente, quien asimismo “sentía que el puro acto de acarrear un libro en el morral era político” (Fuguet, 2024: 84).

Las imposiciones homogéneas de la ideología comunista, el binarismo estructural de un sistema que busca sustituir a otro, espanta a Clemente, que es cuestionado por su creatividad a la hora de vestir porque “optar por lo austero no es un tema económico. Es querer ser un mismo pueblo” (Fuguet, 2024: 95). Clemente no solo debe enfrentar la ortodoxia inquisitiva de los ochenta, sino más tarde la de nuestro imperioso presente. Cuando es entrevistado para un documental, le preguntan sardónicamente si en su fanzine colaboraban mujeres. Clemente responde que “escribían voces de la disidencia. no me analices desde el hoy, celia [sic]” (Fuguet, 2024: 328). Y Celia contesta “no te puedo juzgar desde el ayer” (Fuguet, 2024: 328). Al final de la obra, parece que la percepción de Clemente del ambiente contemporáneo es más benévola, quizá porque, al fin, la cultura se ha abierto a todos y ya no es un fetiche burgués sino un arma al alcance de cualquiera, que respeta y absorbe toda sensación estética.

Ciertos chicos es una novela larga, a veces insufrible si el bovarista lector aspira a encontrar el molde decimonónico *introducción-nudo-desenlace*, donde siga paso a paso y de forma cronológica el fraguamiento de un precioso romance. Pero Fuguet no lo pone fácil. Le gusta incomodar, también desde el apartado formal: hacia la mitad del libro, cuando el lector está asimilado a la estructura y predicción planteadas, Fuguet despliega una ingente cantidad de recursos narratológicos de una maestría al alcance de pocos. Los saltos temporales en numerosas prolepsis ponen al lector en guardia (o analepsis, a tenor de las fluctuaciones imprevisibles en las últimas páginas) y le exigen cierta capacidad organizativa para coordinar los sucesos.

Hay capítulos transmediales con la simulación de entrevistas, reproducción de cartas o fragmentos del fanzine que nos acercan inmersivamente a la metaproducción artística de la obra. A su vez, la focalización establecida desde el principio empieza a cuestionarse cuando se presentan historias de personajes secundarios. Las digresiones, en este caso, no son gratuitas. En cierto capítulo (realmente ingenioso), las narradoras son unas chicas que observan y especulan sobre la relación de Tomás y Clemente en una fiesta. Se preguntan si “pueden existir chicos como ellos y pueden existir historias reales que parecen ficción” (Fuguet, 2024: 151). La mayor proeza artística de Fuguet es, por tanto, una constante oscilación metanarrativa. Plantea de forma tácita la posibilidad de que el texto que leemos esté siendo escrito por uno de los protagonistas desde el presente. El último capítulo resolverá (o amplificará) la duda.

Hasta ahora no he hablado de la trama, de la materia narrativa, de la historia que cuenta. No ha sido una decisión ingenua, sino absolutamente premeditada. He intentado demostrar que “la banalidad del mal hay que enfrentarla con la banalidad del pop” (Fuguet, 2024: 201), que un romance gay no necesariamente pertenece al Olimpo de la *baja literatura*, *literatura de consumo* o *literatura de masas*. Ahora que ha quedado constatada la implicación ideológica del autor y su talentosa técnica narrativa, es momento de hablar de *ellos*. *Ciertos chicos* es la historia de tantas identidades disidentes que fantasean con encontrar idiomas propios e íntimas galaxias, no solo a nivel sexual sino a la vez compartiendo cosmovisiones políticas y aficiones artísticas.

Desde 1986 hasta la actualidad, Tomás y Clemente habitan huérfanos de amor y comprensión en un mundo hostil. La narración de la historia troncal es innovadora. Se nos hace partícipes de ella a través de referencias en el presente: durante la temporalidad principal, Tomás y Clemente apenas se encuentran en un par de ocasiones y, a pesar de que hay escenas eróticas y sexuales (brillantes aquellas donde la masturbación y las orgías representan mucho más que mero morbo literario), jamás participan conjuntamente en ninguna. El beso, símbolo hegemónico de la consumación romántica, tampoco se explicita hasta las últimas líneas. La relación entre Clemente y Tomás subyace de fondo: ellos son otros *ciertos chicos*, como tantos, como millones por todo el planeta, inconformes, insatisfechos, deseando encontrar aquello que les ha sido históricamente vetado.

Podemos considerar *Ciertos chicos* como un iceberg rosa, naïf y kirsch cuya parte exterior puede significar “no tenerle miedo al mal gusto o a los sentimientos intensos” (Fuguet, 2024: 58); en cambio, lo que no se ve a simple vista, demuestra que “leer y amar es el tipo de resistencia imposible de vencer” (Fuguet, 2024: 251).